

Los meshica tenían por sistema fortificar las plazas, y con especialidad un lugar dominante sobre ellas, á guisa de ciudadela, á cuyo lugar se daba una forma piramidal, con gradería en derredor. Se ejecutaban obras de fortificación permanente, diversas, ya rodeando de foso y muro el lugar, ya valiéndose de esos medios, y de fuertes puntos fortificados, para asegurar un campo ó una montaña que se hallase en sitio estratégico.

En cuanto á la marcha de las tropas, la hacían en orden regular, llevando vanguardia y guarda-flancos, y atrás de lo que hoy llamamos impedimenta, una fuerza que cubriese la retaguardia. Al rendir jornada, se buscaban puntos dominantes para establecer los campamentos, y se hacía el servicio de seguridad de los mismos. Cuando se creía necesario, con palizadas, piedra y alguna zanja se cercaban los campamentos militares.

En marcha para la guerra, se hacía uso del espionaje y la exploración sobre el enemigo. Para principiar el combate, la táctica más general era avanzar una especie de guerrillas de honderos al frente, en grupos de cinco ó seis, espaciados con un intervalo de más ó menos extensión, según la solidez que se quisiera dar á esa primera línea; á retaguardia de ella, y en disposición de avanzar para interpolarse con los honderos, ó para tomar los flancos, iban otros grupos semejantes de flecheros, y luego en columnas paralelas marchaban las grandes divisiones de que el ejército se componía. Al fin se colocaba la reserva, de los escuadrones de los escogidos, con otros de los soldados jóvenes. Así las fuerzas, con señales dadas con los caracoles ó con el *teponashli* (tambor), ejecutaban ciertos movimientos, ya á vanguardia, ya á los flancos ó retaguardia. En la batalla campal, sabían tomar, sin desorganizarse, los costados y espalda del enemigo, y usaban de la emboscada cuando la creían propicia, á cuyo efecto solían emplear falsas retiradas. Practicaban sorpresas, haciendo expediciones rápidas en el peso de la noche.

Cuando se trataba de atacar puntos fortificados, establecían cercos para preparar el asalto, ó desde luego se lanzaban á él, si ofrecía probabilidades de éxito. El paso de los ríos no vadeables lo ejecutaban en balsas, y aun solían hacer puentes provisionales con cuerdas, carrizo y maderos. Los muros de las ciudades los destruían con instrumentos comunes para abrir brechas, y las alturas las escalaban con los medios que improvisaban según las necesidades que de antemano se prevenían.

La justicia militar hacía sentir su severidad, y siempre respetaba las jerarquías, por lo que toca á que sólo el superior podía juzgar al inferior.

Sin embargo de todos esos medios de disciplina, de organización y de táctica, y sobre todo, del legendario valor de los meshica, no llegaron á formar una gran nación; y es que no mezclaban la raza con los subyugados, no procuraban la comunidad de intereses entre vencidos y vencedores; sino que al contrario, aniquilando á los pueblos que dominaban, con tributos exorbitantes, ahondaban más la separación y creaban gérmenes de odio, que más tarde ó más temprano, en el primer momento propicio, daban sus amargos frutos.

Sea como fuere, Anáhuac, en reducida proporción, fué un reino á semejanza del imperio romano, guerrero, altivo, dominador. Y origen aunque remoto de nuestro Ejército, fueron aquellas huestes meshicas, que, uniéndose con sus aliados, llegaron, al ir finalizando el siglo xv, á tener un efectivo de 24.000 hombres de armas, que formaban un cuerpo expedicionario.

Magnífico espectáculo sería ver á las primeras doradas luces del sol, sobre otero de esmeralda, á aquellas huestes pintorescas, avanzando sus columnas paralelas en formación. A la cabeza los grandes jefes águilas, cubiertos de trajes ornados de oro y vistosa plumería; los caudillos tigres y los leones, con sus cascos fantásticos y sus lucientes pieles; cada escuadrón con su jefe al frente; pintadas de rojo las caras de los soldados; brillando las armas de obsidiana y de oro; en los escudos, los espejos deslumbradores de piritá, y arriba, como una onda flameante, los penachos de plumas de colores; atrás, las cargas, y en último término la retaguardia de guerreros escogidos. ¡Fantástico, pintoresco alarde, en que juegan la vida y la luz en el cuadro lleno de matices, al que sirve de dosel un cielo esplendoroso!

Otro elemento debía mezclarse al aborigen, para producir una raza nueva. Descubierta por Colón la América en 1492; habiendo venido después las expediciones militares á las islas del Archipiélago de las Antillas, hasta 1519 es cuando en México se tienen vagas noticias del acontecimiento.

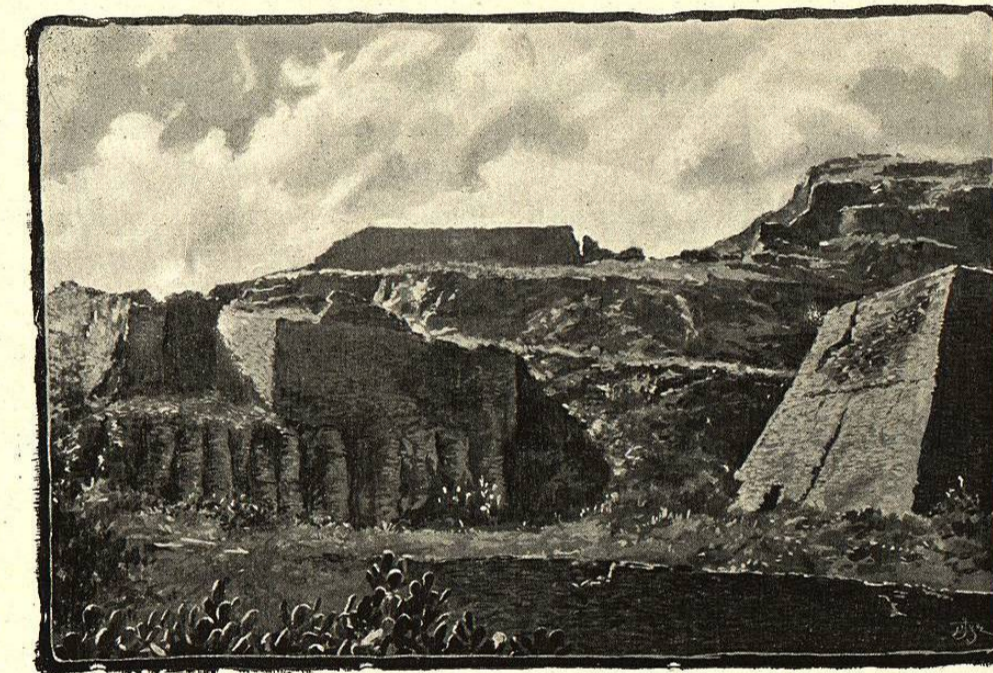
Estaba vaticinado por boca del mismo dios de los meshicas, según el decir de sus sacerdotes, que hombres venidos de Oriente destruirían el reino meshica y cuantos á su alrededor se encontrasen; y el fanatismo, cada día más arraigado, contribuía á que el pronóstico hiciera caer en el más completo desaliento á los pueblos, ante lo inevitable de su ruina próxima.

Precedente de Cuba la primera armada española, la de Hernán Cortés, al principiar el año de 1519, llega á nuestras costas pintorescas, pobladas de tribus diversas por los meshicas vencidas, pero nunca con los meshicas aliadas; tributarias de ellos, sí, pero guardando contra el dominador azteca su natural encono. Aquella primera expedición se componía de once navíos, con rodeleros de espada, ballesteros, escopeteros, soldados de caballería y catorce cañones: en conjunto, 673 españoles, bien pertrechados los infantes, con armaduras y cascos de luciente hierro los jinetes sobre el volador caballo, nunca antes visto en la tierra americana.

Parcialmente Cortés, venciendo á unos, haciendo sus auxiliares á otros, se interna valerosamente, sin temor de que aquella tierra desconocida, aquella inmensidad de infinitos horizontes, devorase su temeraria legión de bravos aventureros; y advierte el gran núcleo de resistencia en el imperio mexicano, que Motecuhzoma II, un fanático rey, amedrentado por los augurios fatales, regía entonces.

Aliados al capitán español los tlascalteca, aumentan su fuerza con 8.000 guerreros; y así, entre amistoso y hostil, llega hasta México, y pide cuarteles al emperador de Anáhuac, que se los concede. Una serie de peripecias que sería largo referir, se sucede; más españoles arriban á nuestras costas, y de enemigos de Cortés que ellos se mostraron en un principio, acaban por aumentar sus filas; éste, astuto y atrevido, aprisiona á Motecuhzoma, por medio de un golpe de mano, y el monarca azteca se presta después á sus designios de dominación, expresando á sus súbditos que voluntariamente se halla con su familia y servidumbre en los cuarteles de los invasores.

Habiendo Cortés estado ausente de la capital de Anáhuac, su teniente, D. Pedro de Alvarado, ejecutó actos tales, que los meshica se le rebelaron, no obstante la mediación de su real prisionero, á quien no obedecieron más. Sitiados los españoles y aliados, en los cuarteles que tenían, y combatidos sin cesar, llega en su auxilio el ausente capitán Cortés, y se le deja libre la entrada por los indios. La verifica trayendo más tropas; se le ve por las calzadas formadas sobre aquella especie de isla, en donde la ciudad imperial se levanta, marchando al frente de 1.300 peones, 96 caballos, 80 ballesteros, 80 arcabuceros, 8 cañones y unos 4.000 tlascaltecas. No bien acabó aquella columna de alojarse, cuando ya en son de guerra queda sitiada, juntamente con la demás gente advenediza que en la ciudad de antemano existía. Comienzan y se suceden los ataques, la defensa, las salidas ofensivas, y así pasan cinco días, del 24 al 29 de Junio del año de 1520. Destruídos en parte los muros de los cuarteles que á los invasores abrigaban, con pocos víveres, y visto que sus cañones y arcabuces no intimidaban ya á aquellos bravos aztecas, que se lanzaban á pecho descubierto sobre ellos, pisando los cadáveres de los que les precedían, Cortés intentó en vano hacer valer la autoridad de Motecuhzoma, para que se le permitiera salir de la ciudad. Aquel



Muros escalonados de la Quemada

rey, cuando se dirigió á los suyos desde una altura, fué anatemizado por la muchedumbre, que sobre él lanzó piedras que buscaran su muerte, y maldiciones que le siguieran en la eternidad. En tales condiciones ese rey, y herido por aquellas piedras, viendo que ya no podía servir más á sus miras, manda el capitán español que acaben con su vida. Tras ello, perdida toda esperanza, se prepara á efectuar una salida.

Pasaba esto el día 29, y su operación quedó dispuesta para la noche siguiente, que se prestó con su obscuridad y lluvia al intento de Cortés.

Desde la noche del mismo 29, había el conquistador cegado algunas acequias que le cortaban la retirada, obstruyendo las calzadas por donde tenía que salir. Además, armó un puente portátil, que conducirían 300 tlascaltecas y 30 españoles, para franquear los canales que tenían que encontrar á su paso; y con el lodo á los pies, la lluvia arriba, y las sombras en derredor, se mueven las tropas para emprender su salida. La columna es batida con furia; es atacada por el frente y los flancos; la vanguardia y centro de la misma, salen dejando regueros de muertos en su camino; parte de la retaguardia, combatiendo y echándose á las zanjas y canales, llenándolos con sus cadáveres, apenas puede seguir; y la extrema retaguardia, cortada enteramente, tiene que retroceder hasta su cuartel, en donde después es vencida, y los prisioneros todos sacrificados en aras del dios Huitziliposhtli. En las varias refriegas, y especialmente en la derrota de esa noche, los invasores y sus aliados deben haber perdido 1.000 españoles, 4.000 tlascaltecas y 80 caballos, sus tesoros y su artillería, quedándoles unos 600 españoles, 3.000 indios y 24 caballos.

En Popotla, al pie de un gigantesco ahuehuete que existe aún, Cortés desmontó para ver de organizar los ensangrentados restos de su destrozado ejército; y las lágrimas corrieron de sus ojos, en aquella noche cuyo calificativo de *triste*, la historia le ha guardado. Al fin de seis jornadas, cortas en extensión y grandes en duras fatigas y peligros, salen los derrotados españoles y sus aliados del Valle de México, sin haber dejado en su camino de combatir contra falanges indias que los hostilizaran. Después, siguieron dos recios combates, hasta que el 8 de Julio llegó Cortés al amigo reino de Tlascalala.

Expediciones, diversas luchas, constantes trabajos para organizar á los aliados, llegada de más fuerzas españolas, se sucedieron; y el activo y valeroso Cortés, batiéndose hoy y trabajando siempre, aumentaba más y más sus elementos.

El príncipe Cuauhtemoc, que tras la muerte del rey que sucedió á Motecuhzoma, ocupara el trono, joven y valeroso, se arrojó á la tremenda lucha en que de antemano sabía que tendría que sucumbir con su imperio, rodeado como estaba de pueblos enemigos, y con los españoles á la cabeza de ellos; pero su resolución era hundirse entre las ruinas del Anáhuac, *sin miedo en el corazón ni vergüenza en el rostro*: tales fueron sus viriles palabras en presencia de su consejo. Algunos de los suyos abogaron por la paz; entre los partidarios de ella había grandes señores, y sin detenerse á considerar su alta posición, hizo el príncipe, para mejor escarmiento, rodar por el suelo sus cabezas.

Ya Cortés, en Abril de 1521, tras varias campañas, estaba listo para lanzarse á la misma capital del imperio, y Cuauhtemoc lo esperaba. En vano había procurado éste la alianza del gran reino de Michoacán, que contestó sus misivas expresando que cada cual se defendiera por sí. Esa falta de acuerdo entre los pueblos aborígenes de este Nuevo Mundo, da la explicación de la relativa facilidad de su conquista.

Tuvo el capitán español que fabricar bergantines para dominar los lagos que rodean á México; que abrir canales, que disciplinar las numerosas huestes de sus aliados; y con más de 80.000 hombres de ellos, y 600 españoles, emprende las operaciones. Otras tropas numerosas lo reforzaron después.

Más de quince días tarda Hernán Cortés en organizar las diversas divisiones que por distintos rumbos manda sobre México; y el 20 de Mayo, aquellas huestes tomaron sus puestos en derredor de la ciudad, ya en tierra firme, ó ya en agua, donde dominaban con sus soberbios bergantines las frágiles canoas de los aztecas. Con 40.000 guerreros se preparó Cuauhtemoc para la defensa.

Los templos, los palacios, se derrumbaban con estruendo, bajo el fuego del cañón, y á virtud del incendio de que los sitiadores hicieron constante uso.

Se efectuaban ataques combinados, por diversas partes, por tierra y por agua, á la luz de las llamas

